

CAPITULO TERCERO.

Diario del tercer viaje que para el Poniente hice con el reverendo padre Eusebio Francisco Kino, jesuita, y quince indios sirvientes, á fin de proseguir la fábrica del barco, y descubrir las demas rancherías de la nacion Pima desde 6 de Junio de 1694 años; el que ejecuté por sí el dicho padre al descubrimiento de las Casas Grandes, y la congregacion de indios pimas, tepocas y seris á pueblos, por los soldados de la compañía volante.

En el mismo año de 1694, pasados dos meses del segundo viaje que habiamos hecho el reverendo padre Eusebio Francisco Kino y yo, á cortar maderas para la fábrica del barco, suponiendo estarian ya oreadas para labrarlo, salimos tercera vez el dia 6 de Junio, con cargas de viático, sirvientes y alhajas, desde la mision de Nuestra Señora de los Dolores; y caminan-

do en dos dias al Poniente y Norueste las treinta leguas que hay á la poblacion de San Pedro del Tubutama, á donde llegamos el dia 7 y pasamos la noche con el reverendo padre Daniel Janiuke, su ministro, quien nos regaló lo que en mision nueva dió lugar.

Por la mañana del dia 8, despues del santo sacrificio de la misa, determinamos que mientras el padre Kino pasaba al Poniente y poblacion de la Concepcion del Caborca, con la gente y hacheros, á proseguir la fábrica del barco para donde salió, yo caminando al Norte en prosecucion de ver y descubrir una ranchería de indios gentiles de la nacion Pima, de que ya teniamos noticia, aunque las mas no se habia llegado á ellas ni visto; y despedidos, salí con viático que me dieron los dichos padres, y algunos donecillos para repartir y domesticar con lenitivos, las gentilidades que hallase y atraerlos á nuestra devocion; llevé tambien dos indios cristianos de nacion Pima y pueblo de Ures, el uno llamado Francisco Xavier, ladino en el castellano y locuaz en su nativo idioma para intérprete; que á este y su hermano, Francisco el Pintor, se los endonó el reverendo padre Antonio de Rojas, su ministro, al padre Eusebio Kino para dar principio á la conversion de la Pimería alta. Comò de hecho catequizaron y enseñaron las oraciones y misterios de nuestra santa fe, á los indios recien convertidos de los Dolores y demas pueblos de la nacion; coadyuvando y trabajando muy bien en los templos que se edificaron, pintaron y adornó el padre, ínterin se hizo capaz de la lengua.

Caminé, como digo, para hácia el Norte, por el valle y rio arriba del Tubutama, de donde tiene el origen su corriente y nacimiento; y andadas dos leguas de tierra de agricultura fértiles, llegué á la ranchería del Gutubur, donde empadroné treinta indios de ambos sexos, que saludado y habládoles, me despedí de ellos; y prosiguiendo al Norte por el valle arriba, á otras cinco leguas, llegamos á la ranchería de Saric, cuyos naturales gentiles nos recibieron con toda benevolencia; y dándoles varas

de justicia con listones y otros donecillos, é informán-oles así del rey nuestro señor á quien rindieron vasallaje, como del conocimiento de Dios y algunos misterios de su santa ley. Preseguimos al Norte por lomas y cerros apastados, y pasando por la ranchería de Busanic, en la que conté cien almas gentiles, que puéstoles en conocimiento de ambas Majestades, me despedí de ellos; y andadas otras tres leguas, dormimos en la ranchería de Tucubavia, cuyos indios gentiles nos recibieron con júbilo, fiesta y bailes, que habrá como cuatrocientas almas, laboriosas, en tierras muy feraces, en que cojen mucho maíz por temporal; hasta aquí es lo mas que habia entrado ó llegado años antes el reverendo padre Juan María de Salvatierra en su visita, y contado quinientos indios, ofrecióles padre Evangélico para su instruccion, y lo mas de la noche les hice, por el intérprete, pláticas del conocimiento de Dios, de su santa ley y obediencia á S. M., y dándoles varas de justicia y donecillos, quedaron gustosos.

En 9, nos despedimos de estos naturales que, prosiguiendo el viage al Noroeste con guías de ellos que nos acompañaron, y caminadas nueve leguas por cerros y llanos, llegamos á una ranchería que llaman el Gubo, cuyos indios gentiles nos salieron á recibir á un buen trecho del camino por haber, los del Tucubavia, adelantado el aviso. Son indios desnudos éstos, aunque amigables, y no dejaban de tener maíz y milpas sembradas de temporal, tierras y de esas fértiles y apastadas; conté noventa personas. aunque solo tienen un corto manantial en que beben, y corre hácia un tanque inmediato de agua verdosa, donde se sume, cuyo color será por la represa que en él se hace; díles unas cortas dádivas y varas de justicia, é informán-oles en algun conocimiento de Dios, nos despedimos; proseguimos al Norte por llanos secos y estériles; caminadas otras catorce leguas, llegamos ya noche á la ranchería que llaman el Cups, cuyo título le dan por una cueva ahumada, de peña, y que está en un cerrito inmediato; empadroné ocheenta indios

gentiles y desnudos que solo las mujeres cubrian su decencia con fragmentos de pieles de ciervo y libre, y nos donaron un pilon de sal, diciendo que cerca de la ranchería que habiamos pasado y dejado atras, habia una salina ó salitrera donde la componian y conseguian para su gasto, que está hácia el Poniente del poblado. Tambien noticiaron que como cinco dias de camino, hácia el Nordeste, al márgen de un rio grande que corre de Oriente á Poniente, habia muchos indios caribes y unas casas grandes, gruesas y muy altas; y habiéndoles repartido lo mas del viático que llevaba con otras cortas dádivas y varas de justicia por las noticias que dieron y ser gente pobre, y conociendo me faltaria para proseguir adelante y que los indios guías no querian seguir de timidez; informándoles del conocimiento de Dios y algunos misterios de su santa ley, con el intérprete lo mas de la noche, volvimos para el Caborca á incorporarme con el padre Kino.

En 10, despedidos de los indios y con guías que nos acompañaron, caminamos al Sur por distinto camino del que llevamos, con algunos pastos, y á las diez y ocho leguas andadas llegamos á un ojito de agua cristalina y á un prado verde de juncó, y otras yerbas y pastos, donde hallamos una ranchería en que conté treinta almas saludables, y dado un poco de chomite y agujas, proseguimos otras doce leguas al Sur por un vallecito de pastos entre cerros; y ya noche, llegamos á una ranchería que llaman Moicaqui, contigua á un cerro alto y puntiagudo con unos ojos de agua y lagunas que no sé si son permanentes. Por la mañana, empadronada la gente, que conté noventa personas y hécholes plática de la obediencia y amor que habian de confesar y rendir á ambas majestades divina y humana y dádoles algunas dádivas y varas de justicia para su gobierno, que ellos estiman en sumo grado al respeto y obediencia á sus príncipes.

En 11 del mes de Junio salí, y caminando al Sur por llanos y cerros de mal país y abrojos, á las veinte y cinco leguas, con

estrema necesidad de agua y sed que padeci aquel dia, llegué á una ranchería cercana á la Concepcion del Caborca, en donde bebimos tanta agua, que todos enfermamos; y así proseguí dos leguas adelante, y ya noche llegamos á la Concepcion donde hallé al padre Eusebio Francisco Kino, que ya me estaba aguardando para volverse, por haber recibido del padre visitador, Juan Muñoz de Burgos, carta para que cesase con la fábrica de la embarcacion; y aunque tenia otra del reverendo padre provincial para hacerla, sin embargo, tan humilde como obediente súbdito religioso á su superior inmediato, cesó luego del intento, ínterin lo consultaba de nuevo á los superiores de provincia. Agravándose mi enfermedad en un fuerte tabardillo y ardiente calentura continúa, no pudimos salir hasta el cuarto dia que, despues de confesado y sacramentado como para morir, pedí me cargasen y sacasen de tierra tan caliente y adustos soles, y parte á caballo, teniéndome, y cargado en hombros de indios á los seis dias de camino, sin poder probar mas de tres veces atole ó puchas, caminamos cuarenta y cinco leguas. En el 26 de Junio llegué á la mision de San Ignacio, de donde ídose al siguiente dia el padre Kino, me quedé muy enfermo con el reverendo padre Agustin de Campos, su ministro, y en medio que el dicho padre me mandaba hacer quintas esencias de guisados de huevos, gallinas y otros con todas especies por no recabar el que comiese por lo totalmente desgano, con la molesta enfermedad en que me parecia todo salobre, lo que á fuerza me hacian probar. Me privó de beber agua que era toda mi ansia y apetencia, y subiéndome la tinaja porque no la alcanzara en lo alto; mas con el silencio de la noche, arrastrándome y ya sin fuerzas, asiéndome del palo á donde estaba al cojer la tinaja, se volcó y me cayó el agua desde la cabeza á los piés que bañó todo, con lo cual sin beber por el ruido y estrépito que hice, despertó el padre gritando; y con el susto, desde este punto, se me estinguíó totalmente el accidente que en doce dias no me habia dejado un punto la calentura.

A los nueve dias, ya convalecido, me fui para la mision de Ntra. Sra. de los Dolores, distante once leguas, de donde salí para el real de San Juan Bautista y casa de mi residencia, caminando otras cuarenta leguas; de manera que en este viage y descubrimiento en ida y vuelta con hambres, riesgos, sed, enfermedad molesta y otros muchos trabajos, caminé doscientas diez leguas y empadroné novecientas personas en las rancherías que descubrí y no se habian visto en los viages antecedentes, todas domésticas, pacíficas y halagüeñas; y deseosas de conseguir padres operarios para su instruccion y bautismo, y rindieron vasallage á nuestro rey y señor natural sin apremio, sino voluntariamente, y á fuer de estos descubrimientos, pláticas, dones y lenitivos, á que con la beneficencia, aun fieras bravas, se amansan. Esperamos conseguir una tan florida como dilatada cristiandad en esta nacion pima; para lo cual hay pingües y fértiles valles, rios, arroyos, tierras de agricultura y millares de almas sin la luz del santo Evangelio, fomentando el Exmo. Sr. virey y reverendo padre provincial de México, con limosnas y evangélicos, y que se dilaten los reales dominios de S. M. y ley de Jesucristo, pues como á señor de las indias occidentales le obliga á este fomento, y descarga S. M. la conciencia con encargar á los Exmos. Sres. vireyes tan pía causa, y de la omision que hubiere en sus reales ministros, les pedirá Dios cuenta estrecha en el tremendo juicio particular y final de las almas que se condenaren por su causa.

Aunque con la ocasion de haber entrado á servir en la estancia de San Pedro del Tubutama tres indios de la nacion ópata de los pueblos cristianos de Sonora, en ellos un tal Antonio, mayordomo, que metió Juan Nicolas Castrioto, sobre enseñar á los pimas á vaqueros, por no saber, como nuevos, lo que ellos, que años lo ejercian, le han hecho extraordinarios castigos. A un pima, caporal, lo espoleó el dicho Antonio en cabeza y costados, que de las heridas enfermó gravemente; á otro indio, por haber comídole un pedazo de trigo del padre en un descuido,

le dió el dicho Castrioto mas de cien azotes, sin valerle la excusa de haber entrado los caballos del padre, de noche, y no poder velar á todas horas sin dormir, y mandándole en el castigo flechase las que entrasen y se obviaría el daño entró una mula, y dándole con los relámpagos dos flechazos, quedó muerta fuera de la cerca, y bajando por la mañana á la milpa el dicho Castrioto, vió la mula muerta; y á un viejo gentil que estaba junto á ella, y juzgando haberla él muerto, amarrándolo á un palo, le dió muchos golpes y azotes que enfermó de ellos, hasta que el indio, guarda del trigo, declaró haberla flechado de noche, sin conocer si era ó no del padre ó caballo de los indios, á quien tambien azotó, y llamaron soldados para ejemplar castigo. Vinieron éstos con el teniente Antonio Solis, que de paso prendieron á un coyote de la nacion pima, con prisiones de grillos por acumularle encubria y metia á los comunes enemigos apaches, &c., para hacer los robos en Sonora y llevado preso á que sirviese de intérprete en el Tubutama. Los alcancé en el camino (esto fué poco antes que saliese á este viage que va escrito en esta relacion), y sobre aconsejar al teniente, se fuese con tiento con gente nueva, desafiándome tuvimos varias reyertas, y al fin con sus licencias militares, y fuerza de soldados sin valirme protestas, y no solo hizo los castigos, sino que á la reversion para el presidio, entendiendo llevaba al preso para ella, en el camino lo apeloteó; y aunque han ido algunas veces las familias pimas, parientes de los castigados á quejarse con el padre visitador, remedie ó mande sacar los indios ópatas, sin sacarlos ni poner remedio se puede temer alguna mocion de inquietud ó rebelion en esta desconsolada nacion.

Por el mes de Marzo de este mismo año de 1694 con la ocasion de haber robado caballada de las misiones de Sonora los comunes anemigos apaches, jocomes confederados entendiendo eran los sobaipuris, de nacion pima, á quienes se les prohijaban los robos por haber, pocos años antes, con poco fundamento, asolado el capitan Nicolas de la Higuera, con el soldado

del presidio de Sinaloa, los indios pimas de la ranchería de Mototicachi, se alborotó la nacion, y cogiendo las armas mataron nueve indios operarios en las minas de los Tepetates, que desdoblándolas se encendió cruda guerra, y se peleó con la nacion en Bacuachi y sierra de Guachuca; y entendiendo les duraba la enemiga sobre que ejecutaban los robos, entró el dicho teniente Antonio Solis (un mes antes que hiciese la visita del Tubutama) hácia el Norte, que registrados los sobaipuris 'el rio de Terrenate, y transitada la sierra del Comedio para el Poniente pasó á los pimas del rio de San Xavier del Bac; y sobre no haber hallado en tanta distancia y rancherías que anduvo, vestigio ni indicio de tales caballadas robadas; llegando de tropel á una con el estruendo, de miedo huyeron los indios de ella; y viendo carne tasajada pensando ser de caballos robados, mató á tres indios que alcanzó y azotó á dos que cogió vivos, y por último se averiguó era carne de venado que habian matado, y no concordaron en los dichos los soldados, aunque quisieron honestarlo que la intrepidez del teniente, por aterrorizar y hacerse temer, ejecutó las muertes.

Al volverse para el presidio, propuso á la nacion que si eran firmes, amigos de los españoles, fuesen al presidio cuando les avisase para hacer campaña contra los declarados enemigos que hacian daños, muertes y robos á la provincia; y avisados para el mes de Setiembre, tan obedientes como fieles y leales, fueron trescientos pimas armados al presidio, que estando fundado en el comedio de las fronteras, salió una escuadra de soldados á explorar hácia el Poniente y otra al Oriente y valle de Vatepito, porque no quedase el enemigo atrás y dentro de la provincia, y vueltas, proseguir la campaña al Norte en busca del enemigo, y apresando ésta á tres mujeres apaches que trajeron en ancas de sus caballos, volvieron instantaneamente al presidio, por declarar iban todos los enemigos á quemar el templo y mision de Chuchuta, y montando á caballo á media noche salieron los soldados y pimas para el dicho pueblo, y en-

cerrados en la casa del padre ministro al dia siguiente se arrojaron seiscientos enemigos á destruirlo, y trabándose una sangrienta batalla con solos los soldados, trayéndolos trabajados para atollarse en la ciénega los caballos, donde combatian con un soldado muerto y tres heridos, al grito que dió el teniente, salieron los pimas y ópatas del pueblo de refresco, y juntos todos, dieron sobre el enemigo que, héchole retroceder, cayeron muertos veinte y cuatro de ellos sin ochenta y seis, que huyendo á espaldas vueltas, hirieron parte á lanzadas los soldados y parte con la yerba ponzoñosa los fidelísimos pimas, cuyas muertes se averiguó á los quince dias de una india que se apresó, y contó que con la fuerza y eficacia del veneno habian muerto todos los que fueron heridos.

Volviéronse los pimas para sus rancherías citados para otra campaña por el mes de Noviembre del dicho año, á la cual salí con los soldados, ya bueno de la enfermedad, aunque sin pelo alguno por haberseme caído en ella, y tan puntuales como afectos, vinieron doscientos pimas armados, y juntos salimos recorriendo todas las tierras del Pinar de Pitaicachi, Vatepito de las Espuelas y toda la circunferencia de sus aguas y ladroneras, y al remate de la última sierra, explorando nuestros espías al alba, encontráronse con dos de las de los enemigos, y matando la una los nuestros huyó la otra; y previniendo daría cuenta de nosotros, que siendo sentidos huiría el enemigo y perderíamos el lance y campaña sin fruto en medio que nos habíamos de incorporar con el general D. Juan Fernandez de la Fuente, segun lo pactado, que venia desde su presidio de Janos recorriendo las fronteras de su jurisdiccion, y faltaban dos dias al incorporo, entramos treinta y seis soldados y los pimas en unos cajones de peña tajada, sin mas salida que por una lata angostura, montuosa, por donde entramos uno tras de otro dentro de los embudos. Nos combatieron mas de setecientos enemigos apaches, jocomes y janos, matándonos á un valientes soldado, cinco heridos y diez pimas; y aunque á ellos se le

mató poco mas, metiéndose como ciegos por arcabuces y espaldas; de no largarles sesenta caballos en que entramos de remuda, hubiéramos perecido á sus manos. Llegamos al anochecer al arroyo de Guadalupe, donde se habia quedado el general Xironza y soldados en guarda de la demas caballada y bagage; ahí descansamos y se curaron los heridos. A los dos dias se nos reunió el general Fuentes, y volviendo juntos por el cuerpo del soldado muerto para darle sepultura, ya no hallamos enemigo alguno, que en dos noches y dias se retiró cincuenta leguas de allí para adelante del rio grande del Gila; y el general Fuentes al ver lo áspero y agreste del cajon y embudos, dijo le pesaba haber entrado, y que ni aun trescientos soldados eran suficientes para tanto enemigo, en peñascos tan ásperos, y desde entonces quedó la nacion pima mas declarados y jurados enemigos de apaches, jocomes y janos, y afectos amigos á los españoles y nos volvimos al presidio caminadas cien leguas de ida y vuelta.

En el ínterin de esta campaña mismo mes y año salió por sí el reverendo padre Francisco Eusebio Kino, á descubrir el rio y casas grandes dentro de las cuales dijo misa porque cuando á mí me noticiaron los pimas de ellas estuvo incrédulo su reverencia algun tiempo hasta que viniendo á verlo á los Dolores algunos indios de la poblacion de San Javier del Bac, preguntándoles, se lo certificaron y le acompañaron de guias para ir á verlas y descubrirlas, contando mucho gentío por el camino que anduvo de ida y vuelta fué de mas de 200 leguas, y lo apuntó en embrion por no haber ido yo á este descubrimiento.